www.elboomeran.com

José Carlos Rodrigo Breto

Ficción Gramatical

ediciones del
subsuelo
Barcelona 2020

www.elboomeran.com

© José Carlos Rodrigo Breto, 2020

© **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2020**
c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona
www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-947802-6-4
Depósito legal: B 2081-2020

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

www.elboomeran.com

Índice

1. Necromúsica 15

2. *Angelus Novus* 63

3. Medievalización 123

4. Lucanos Cervus Hitlericus 175

5. Bibliocausto 233

6. Prehistorización 319

www.elboomeran.com

A mi madre, imposible lectora de esta novela.
A mi hermana, hija incansable.
Para Gema: todas estas palabras son por ti, son para ti.

La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita. Cambiará el universo pero yo no, pensé con melancólica vanidad; alguna vez, lo sé, mi vana devoción la había exasperado; muerta, yo podía consagrarme a su memoria, sin esperanza, pero también sin humillación.

Jorge Luis Borges,
El Aleph

www.elboomeran.com

Gracias:

Sándor Márai
Irène Némirovsky
Michel Houellebecq
Don DeLillo
Bret Easton Ellis
Chuck Palahniuk
Thomas Pynchon
Ismaíl Kadaré

www.elboomeran.com

En memoria de las víctimas, de todas las víctimas.

El dolor siempre es
mayor que el hombre
y sin embargo tiene
que caberle en el corazón.

Vladimír Holan

www.elboomeran.com

1.
Necromúsica

www.elboomeran.com

«A souvenir of London», podía leerse en las postales del expositor del quiosco situado cerca de la abadía de Westminster. En ellas, una luminosa vista del London Eye, cuyo aro metálico cercaba un intenso cielo azul de pureza en donde podrían chapotear ballenas azules, marsopas y narvales aéreos. Sin embargo, hacía muchos años ya que esa zona se clausuró por una cuarentena jamás levantada y que comenzó por motivos ya olvidados, hasta reducir la noria a un brazo talidomídico de chatarra con fondo de ruinas cariadas. La gente prefería las postales con la imagen de años, tal vez para sobrellevar el Londres de ahora, Londres de cúpulas antipolución, con gran parte del Támesis *entubado* en sus recodos más tóxicos para evitar infecciones, para seguir enviando así a sus amigos el *souvenir of London* cargado de turquesas y oxígeno en lugar del techado artificial que los cubría para salvaguardarlos de la muerte. Porque una postal actual, presentaría un tipo de recuerdo envenenado, la panorámica de vertederos y descampados, y haría buena la canción, tan antigua, de Procol Harum, aquella que cantaban sobre alguien que se llevaba de vuelta a casa un dañino *souvenir of London*, y que no era más que una enfermedad venérea.

… *A souvenir in London*…, se sorprendió tarareando de forma automática, y en su cabeza aquella batería machacona de los Harum y el sonido gomoso, tan gomoso como unas purgaciones, pensó, mientras llegaba a la puerta de la abadía, cubierta bajo su propia cúpula antipolución. Ese ritmo irritante era bueno para la lentitud de Londres, una ciudad insoportable don-

www.elboomeran.com

de todo se volvía terriblemente trabado. Decidió caminar hasta Westminster dado que su hotel, el London Palace, no distaba mucho de allí, pero después el asunto no le resultó tan sencillo. Antes, permitían que el peatón abandonara las *carpet ride*, o *aceras deslizadoras*, que en uno u otro sentido lo conducían por las calles, pero ahora, desde las intensas amenazas de atentados ecoterroristas, la ciudad vivía bajo un permanente estado de pavor y las autoridades decidieron cortar de raíz cualquier comportamiento sospechoso. De ese modo, uno debía montarse en la *carpet* y no moverse, dejarse llevar como un pasmarote hasta su destino sin bajarse, cambiando en las esquinas y cruces destinados para ello, acompañado permanentemente por una machacona voz metálica de advertencia sobre la inconveniencia de volver atrás, un *No return* ya tan célebre como el añorado *Mind the gap* del suburbano, silenciado tiempo atrás por el pésimo estado de conservación del metro. Porque ese era otro asunto delicado para la alcaldesa de Londres, el viejo *tube* se caía a pedazos, con muchas líneas interrumpidas por falta de presupuesto y con emblemáticas estaciones cerradas por alertas de contaminación. Donde debía encontrarse Edgware Road burbujeaba un enorme socavón de aguas fecales. Una mañana, sin más, se abrió la tierra, espumeó el lodo y se lo tragó todo, dejó en su lugar una laguna infecciosa de miasmas estancadas. El ayuntamiento lo resolvió con la construcción de unas pantallas profilácticas alrededor del agujero, aunque no pudo disimular el hedor, y prohibió la vista aumentada de la zona en las imágenes *on line* de Aerial Maps. Cada vez, más áreas de Londres se vetaban a la prospección aérea, simplemente para que no se advirtiera cómo se habían convertido en vergonzosos descampados. Era lastimoso ver cómo la estación de Baker Street, por ejemplo, sucumbía, también, al óxido, a las inundaciones, a la destrucción.

www.elboomeran.com

La City hacía buena la vieja canción *Wasteland* de The Jam, esa que hablaba de citarse en los descampados, sentarse entre neumáticos de goma, en un mundo gris e incoloro, entre la mierda, entre las sagradas latas de Coca-Cola, los balones pinchados, las muñecas andrajosas, las bicicletas oxidadas… Y todo eso anegaba la ciudad de Londres. Algunos mantenían que el ayuntamiento no se preocupaba ya de arreglar el metro por miedo a los ataques ecoterroristas. Era un aspecto menos del que preocuparse. Y sin embargo, no era por falta de medios. Más que nunca, las fuerzas de seguridad, los cuerpos del ejército, los militares, cualquier grupo represivo, estaba en alza y trabajaba para el Estado. Lo paramilitar admitía en su seno a todo el mundo, los fagocitaba hasta convertirlos en cachorros bien alimentados y retribuidos con el sobre de la paga de los viernes al mediodía. Un sobre que podían gastar en los pubs durante las noches del sábado —pintas de pésima cerveza—, para el lunes por la mañana volver a repartir palizas a los ciudadanos, con la resaca bien digerida. Londres era una ciudad aterrada y al borde del colapso, una enferma de cáncer terminal que con paso firme avanzaba en pos de su destrucción, aunque la situación no era muy distinta en otras ciudades de la vieja y doliente Europa. Si en Londres era así, las cosas no eran mucho mejor, o peor, en Berlín, o en Roma.

Siempre existían calles demasiado largas, calles que eran como embudos en los que la mala suerte podía hacerte caer, con la consiguiente pérdida de tiempo, sobre la *carpet ride*, a la espera de alcanzar una esquina en donde cambiar de sentido. Existían planos alternativos en UniWeb (el monopolio para internet en todo el mundo impuesto por la empresa de telecomunicaciones Australasia Dotcom, que a través de su buscador Sherlock registraba un tráfico de billones de consultas al cabo del día; otras célebres *apps* de la empresa eran el visor de mapas Aerial Maps,

www.elboomeran.com

el sistema integrado de archivos de música Bezoben, el *site* de clips de vídeo Eye Screen o la red social Mirror), planos que avisaban de algunas de esas calles a evitar por la nueva política gubernamental que prohibía salir a la calzada o darse la vuelta: calles en donde uno podía eternizarse. Porque el castigo que establecía el ayuntamiento, en una espiral de medidas represivas, ya no era el de las multas. Se aplicaba una extraña ley relacionada con el origen de la infracción, y un paramilitar podía acudir raudo y golpear con su porra de goma sobre ambas piernas, con evidente fiereza, al peatón infractor, *una sola vez en cada extremidad*, independientemente de que fracturara el hueso o no. A causa de las líneas de metro interrumpidas, la lentitud de las *aceras deslizadoras*, los atascos en los que vivían instalados los taxis, y la cada vez mayor ineficacia del autobús público, desplazarse a trabajar cada mañana, en especial al centro de la capital, se convertía en una tarea que requería de varias horas y, por ello, cada vez era mayor el número de personas que ejercían el teletrabajo desde las pantallas de sus casas. Era habitual encontrarse en las conversaciones cotidianas de la gente el deseo expreso, los suspiros de anhelo, por conseguir algún día la concesión por parte de la empresa de ese enorme favor.

El despliegue paramilitar alrededor de la abadía de Westminster estableció un cordón de seguridad que nadie podía traspasar sin la acreditación correspondiente. Una larguísima cola señalaba el lugar exacto de acceso para los afortunados que poseían el pase, y cuándo debían mostrarlo. Diríase que aquella era una de las enfermedades de los tiempos, lo que él denominaba *delirio de sobremodernidad*, consistente en el deseo ansioso de acceder a algún lugar en donde el individuo, tras la pertinente acreditación, dejaba de ser tal para convertirse, durante la duración del evento al que asistía, en un número perfectamente controlado, vigilado y anulado por las fuerzas de seguridad. Entre-

www.elboomeran.com

gaba su individualidad para poder integrarse en la masa, en el colectivo, y no recuperaba la identidad hasta la salida.

«El pase», el guardia que franqueaba el acceso a un descomunal arco detector de metales masticó las palabras de forma casi nauseabunda, una mano colocada sobre su rifle automático. Con gesto maquinal le mostró la cartulina plastificada que lo convertía en uno de los afortunados. Comprobaron su pasaporte, incluso fueron tan arrogantes como para pronunciar desesperadamente mal su nombre, en voz alta, como si así, sonando como una cacofonía, fuera cierto que se trataba de un nombre real, liberado de toda sospecha y culpa: *Iakofovuorrtíss*, es decir, Jacobo Ortiz, y al escucharlo le sonó extraño después de tanto tiempo obligado a esconderlo, a disimularlo, a ocultarlo, a firmar con el nombre de otros, y ese *Iakofovuorrtíss* lo acercó al recuerdo de aquellas películas de *La guerra de las galaxias*, como si fuera uno de esos vetustos personajes, el senador Palpatine o el Conde Dooku…, en fin, uno de esos que se nombraban en una colección de cromos pasada de moda como *Citrípioo* o como *Arturito* y eran C3PO y R2D2. Pues lo mismo.

Y se sometió al detector, primero. Al cacheo, después. Y se dirigió a la puerta de la abadía en donde una azafata vestida con una falda pantalón de pésimo gusto y colores chillones, adornada con un peinado de un cardado imposible, le tomó la tarjeta para acompañarlo al lugar que le correspondía.

Daba miedo, la verdad es que daba miedo, la abadía era como un gran sarcófago, como un gran recipiente de muerte, una copa colmada de agonía. No era de los primeros en llegar, pero aún faltaban algunos de los selectos elegidos para el acontecimiento que generaba tanta expectación. Cuando entró, escuchó una nube de fotógrafos que disparaban sus cámaras y cierto revuelo que provenía de la zona reservada a las televisiones y a la prensa. Mientras se acomodaba en la silla supletoria reparó en lo ab-

www.elboomeran.com

surdo de aquellas butacas, arrojadas como raspas de cetáceos enormes, varados en los siglos de ladrillos de la iglesia. Justo al fondo, en el lugar del altar mayor, se encontraban los instrumentos de la orquesta, y así, abandonados hasta que les llegara el momento de ser utilizados, parecían unos extraños enseres, parte de un aquelarre que fuera a celebrarse bajo los nervios de la cúpula (el oboe: una culebrilla que penetrara por las narices del elegido para el sacrificio; el gong: un plato en donde verter los vómitos del trance; los violines: diminutos sarcófagos para introducir cuerpecillos momificados; los violonchelos: Doncellas de Núremberg que ansiaban cerrarse con su abrazo claveteado).

«Soy Fernández», y su voz rubricó su apellido en el aire de la *Emperor's suite* del Imperial Gardens, uno de los hoteles más caros y lujosos de todo Londres. «Escríbanlo bien: Fer-nán-dez», silabeó como si su lengua caligrafiara cada letra, «que estoy hasta los cojones de que lo pongan siempre mal», añadió con un deje desagradable en su acento menos británico de lo que le gustaría ante aquellos periodistas alemanes. Uno de los agentes de prensa del concierto los condujo fuera por un extremo de la *suite*, con el imponente piano de cola en el centro, mientras por el otro lado accedía un nuevo equipo, esta vez de la radio francesa.

«¿Es que en esta mierda de hotel no se puede tomar un té en condiciones?», se preguntó en alto Fernández, y ante la mirada atónita de los periodistas escupió el buche de líquido sobre la carísima alfombra. Al levantar la vista colisionó con el rostro del agente que, incómodo, musitó algo así como un «son los franceses», a modo de presentación, mientras la mancha se agigantaba en la alfombra y él, lejos de disculparse ante esos hombres que llegaban como conducidos en una peregrinación sagrada para entrevistarlo, le quitó importancia al asunto con un «no se preocupen, no hay nada que no pueda borrar un buen quita-

www.elboomeran.com

manchas o un puñado de dinero: de lo primero, seguro que en este hotel disponen del mejor…, de lo segundo, a mí me sobra, así que no hay ningún problema». A continuación, se ajustó la pajarita, se la ciñó al cuello para olvidarse con ese gesto del asunto de la alfombra y del té. Se recostó sobre la butaca, sonrió levemente (pero su sonrisa siempre parecía más un gesto de desagrado, sabía que necesitaba aprender a sonreír, pero nunca lo conseguía por más y más que ensayaba una y otra vez, a solas en el cuarto de baño, en las habitaciones de los hoteles, durante los vuelos de avión o en las esperas de los aeropuertos), y recitó su entrevista en su inglés internacional, tantas veces repetida a los periodistas durante esas jornadas: «Me llamo Dante, soy Dante Fernández, y tuve que irme a Tokio para poder trabajar y triunfar como necromúsico. Mis composiciones para cadáveres no eran comprendidas en mi país, ni siquiera en alguna parte de mi continente, pero los asiáticos, en los asuntos relacionados con la muerte, nos llevan siglos de adelanto».

Era el mismo rollo de toda la mañana, de la tarde anterior, incluso de todo el mes, desde que se hizo público y tuvo que promocionar lo del concierto en la abadía de Westminster. Estaba ya harto, así que decidió que esos franceses serían los últimos, iba a cancelar el resto de las entrevistas, y empezaría ahora mismo por ponerse cómodo, así que se descalzó delante de los periodistas, mientras continuaba con su discurso, interrumpiendo una posible pregunta que, verdaderamente, le daba igual cuál fuera.

«Me llamo Dante, Dante Fernández, escríbanlo bien, no me fastidien, Fer-nán-dez, ahora ya lo saben, y soy el necromúsico de Japón; en efecto, allí mis temas son solicitados por las familias de los fallecidos para que suenen en tanatorios, depósitos y salas de autopsias. Puedo afirmar que, en efecto, con la necromúsica, me estoy haciendo millonario. Todo se reduce a una

www.elboomeran.com

cuestión de frecuencias, más allá de las que escuchan los perros, alejadas de las más sensibles e inaudibles que se puedan imaginar. No resulta fácil componer partituras en frecuencias que no pueden ser percibidas por oídos vivos…, a veces uno tiene la sensación de que construye una catedral a ciegas, de que pinta con el dedo en el aire, incluso que se afana en hacer castillos de arena que pronto desbaratará la marea. Sin embargo, no alcanzan ustedes a comprender la satisfacción que produce comprobar que se ha realizado un buen trabajo cuando un cadáver mueve levemente la cabeza en señal de asentimiento, de que le agrada lo que escucha o que, simplemente, se atisba un espasmo en uno de sus dedos índices, como si quisiera chasquearlo al compás de la necromúsica y recordara que no puede, que le es imposible, que está muerto. Esos movimientos de los cuerpos hacen que merezca la pena tantísimo esfuerzo y son la recompensa a mis desvelos…, y la clave de mis éxitos.»

Entonces, ese maldito *english breakfast* de hacía unas horas se le revolvió en el estómago y la acidez del huevo y el beicon lo obligaron a emitir un leve eructo, que no fue ni tan leve ni tan disimulado como debería, ahogado en una pregunta del francés que Dante ni quiso escuchar, porque contestó lo que le vino en gana: «Actualmente, uno de los temas más radiados en Japón es mío, pertenece a mi género de necromúsica, fíjense, compito con jovencitos chillones y andróginos que enardecen a quinceañeras, con sofisticados productos del techno-pop, con esas *aidoru* de diseño y con ese maldito *K-pop* gomoso. Se trata de mi composición *The Necromancer* que, además, atesora un récord: fue emitida en el gimnasio de Kawasaki City en donde, después del suicidio en masa de la secta de la Ganancia de la Gran Luz del Día, reposaban cincuenta y siete cadáveres a la espera de autopsia, todos ellos fallecidos por la ingesta de la toxina del pez globo. Mi necromúsica recibió una respuesta muscular, o bien con

www.elboomeran.com

movimiento parecido al de la fase REM de ojos, o mediante espasmos, bostezos, giros de cuello o chasquido de articulaciones, de cuarenta y ocho cuerpos a la vez. Creo que, tras las comprobaciones pertinentes, entraré en el *Gran Libro de los Récords*, con el mérito de haber compuesto la mayor danza macabra de la historia. *The Necromancer* ya me ha dado millones de yenes, y estaré en el *Gran Libro* junto al hombre que mayor tiempo ha pasado en una bañera llena de tostadas, el que mayor distancia ha recorrido patinando sobre espaguetis o el tipo que más litros de sopa ha sido capaz de engullir usando un tenedor. Sí, soy un tío ilustre: he tenido que irme al Japón, pero soy un tío ilustre, esa es la verdad».

A continuación, Dante Fernández se quitó los calcetines, descolgó el teléfono, y pidió al servicio de habitaciones una botella de Hpnotiq. Dirigió una mirada al equipo de radio francés como diciéndoles un «me da absolutamente igual que estéis aquí o no, si el propio Bukowski, una vez, se emborrachó durante una entrevista en vuestra televisión y se marchó tambaleándose del plató dejándoos plantados, ya sabéis lo que toca», y prosiguió hablando más que nada por entretener la espera hasta la llegada de la bebida: «Y al fin, la necromúsica será exhibida en Europa, concretamente aquí, en Londres, quizás la mayor ciudad funeraria de Occidente. En la abadía de Westminster, cerca del rincón de los literatos, estrenaré mi *London & Ashes Symphony*. Y podrán verme, batuta en mano, dirigir durante noventa minutos a una orquesta detenida en el silencio del ábside, interpretando sonidos inaudibles. Los presentes (se anuncia la asistencia de todo tipo de personalidades y notables, pero eso lo dejo para ustedes los de los medios, siempre atentos a este tipo de carroñas, yo prefiero dedicarme al arte) vivirán la actuación de una orquesta que interpreta una pieza muda que se filtrará por los suelos enmohecidos y puede que, con suerte, acaricie las mo-

www.elboomeran.com

mias y esqueletos de los ilustres. Quién sabe si los chasquidos y el rechinar de dientes se elevarán de las lápidas como único acompañamiento a los movimientos silenciosos de mis músicos. Eso sería la señal del éxito, de que mi *London Symphony* atraviesa siglos y capas freáticas de enterramientos y es recibida y sentida hasta por las pilas de los osarios…», esta parte del discurso ya se la perdieron los franceses, desalojados por uno de los agentes de un Dante Fernández que, en un momento determinado de su charla, se puso en pie, descalzo, y empezó a perorar como loco, moviéndose convulso de un lado a otro, y era entonces cuando se le aparecía esa nebulosa, *ese tipo de nebulosa* en la cabeza, y después en la vista, que lo llevaba a la epifanía, a silenciarse de repente, a quedarse congelado en mitad de donde estuviera, rompía a sudar profusamente, con la respiración alteradísima y, súbitamente, chasqueaba los dedos y gritaba: «¡Rápido, mis papeles!». Entonces, debía aparecer, como una exhalación, su secretario con las partituras, con aquel trabajo que estuviera a medias (siempre había una partitura a medias) y con una completamente nueva, y Dante Fernández componía, si estaba de suerte, del tirón, horas, pero si estaba de malas, tal vez dos notas, o unos segundos.

«¡Rápido, mis papeles!», bramó. El rapto creativo le duró poco, lo que tardó en tocar a la puerta el muchacho del servicio de habitaciones con la botella de Hpnotiq.

Un bache aéreo, algo así como un socavón en las nubes, fue lo que originó que el vuelo 367 de la compañía japonesa soportara semejante turbulencia. Dante Fernández, que llevaba un rato con su ensayo de sonrisas en la butaca de clase Super Plus Extra mientras sostenía una copa de champán, viró la mueca forzada a un gesto de ira cuando derramó el contenido sobre la pechera de su camisa Eton adornada con primorosas puntillas de

www.elboomeran.com

un blanco nuclear. Después, dirigió la mirada en dirección a su compañero de vuelo Tokio-Londres, ubicado a más de dos metros de distancia, tal y como remarcaba la publicidad de la clase Super Plus Extra (musiquilla anodina y *jingle* pegajoso: «¡Super Plus Extra, dos metros extra en cada viaje!», alargando peligrosamente el final de cada *extraaaa*). El precio imposible y tal vez, incluso, inmoral o indecente, o bochornoso, o lo que fuera, de ese compartimento exclusivo para seis personas, hizo que ese día tan solo lo ocuparan tres viajeros.

«No me gusta realmente nada esta porquería», intentó justificarse Dante Fernández usando su inglés internacional mientras contemplaba el manchurrón de la camisa, «el champán le deja a uno sabor a vómito en la boca sin todavía haber devuelto, la sensación de una resaca sin tenerla, ¿quién pudo inventar semejante bebida asquerosa?, pero sobre todo, ¿quién desearía experimentar los síntomas de una resaca perdiéndose la borrachera previa? Definitivamente, hay algo que no funciona en esta bebida». Entonces, Dante reparó en que su compañero de vuelo sostenía una copa de un líquido extraño, con una coloración azulada muy llamativa. «Se trata de Hpnotiq, se lo recomiendo, no deja ni rastro del sabor a vómito del champán…, porque es una mezcla de coñac, vodka y zumo de frutas tropicales, creo que es la bebida de diseño del momento, es decir, fabricada a propósito para los tiempos que corren… Y puede que incluso le ayude a mejorar esas sonrisas que antes intentaba ensayar sin éxito», le aconsejó el pasajero, también en ese inglés torpe, pero cosmopolita. «¿Usted cree?», le repuso Dante algo incrédulo. «Desde luego, liberaría la sonrisa de un hipopótamo —le aseguró—, y por cierto, me llamo Jacobo Ortiz, y creo que podemos hablar en español, porque ambos somos españoles, ¿verdad?»

Dante Fernández se pasó al Hpnotiq, como se pasó al idioma español, y durante el resto del vuelo ensayó nuevas sonrisas,